

Simplemente el fin del mundo

Sandro Romero Rey

El Festival Iberoamericano de Teatro comenzó a calentar sus motores. Un par de semanas antes, ya hemos podido ver algunos de los montajes colombianos que están dentro de la Programación de Sala, ventaja que nos permite irnos adelantando a otra de las maratones escénicas de Bogotá. En La Casa el Teatro Nacional vimos las *Vidas ejemplares*, de José Alejandro Restrepo, y ahora, la Asociación Los Ojos del Hermano Eterno preestrenó el montaje de la obra *Simplemente el fin del mundo*, de Jean-Luc Lagarce, bajo la dirección de Manolo Orjuela.

Para los que deambulamos por el mundo del teatro colombiano, el nombre y la figura de Orjuela nos es muy familiar. Desde que era un estudiante romántico e inquieto de la desaparecida Escuela Nacional de Teatro, pasando por su labor como colaborador de directores como Pawel Nowicki y Jorge Alí Triana, hasta ahora, que ha levantado vuelo propio con sus montajes «La impaciencia del corazón» o «Carta de una desconocida» de Stefan Zweig y ahora esta grata sorpresa de la nueva dramaturgia francesa.

Jean-Luc Lagarce, aunque siempre se negó a que se le considerase un «autor

con sida», terminó convirtiéndose en otro «mártir a pesar de sí mismo» de las letras francesas. Como Hervé Guibert, como Bernard-Marie Koltès, el autor de *Simplemente el fin del mundo* es un violento instigador de formas nuevas, lleno de patetismo, de craso humor y de agresiva nostalgia. Por primera vez en Colombia, Lagarce se sube a nuestros escenarios, luego de que su obra (publicada originalmente en las Ediciones Los Solitarios Intempestivos, que incluyó entre sus títulos *El mar*, de Andrés Caicedo) fuese material de uno de los talleres del director Nicolas Deletoille, génesis del presente trabajo. El montaje de Orjuela es extraño, provisto de un contenido lirismo. Sin demasiadas concesiones al público, a lo largo de hora y media, somos testigos de un ajuste de cuentas entre cinco personajes que hablan de manera compulsiva, nerviosa, histérica: Luis (Luis Abril) regresa a su casa, a reencontrarse con su familia, quiere arreglar algunos asuntos para poder morir «tranquilo». Iluminado por una lámpara de pie, como en un interrogatorio, el personaje se dirige al público y trata de confesar, con voz entrecortada, lo que lo ata, lo que lo impulsa, lo que esconde, lo

que no lo deja irse del mundo. En el espacio, sobre un linóleo brillante, destacados por lámparas y bombillos colgantes que se encienden y se apagan, deambulan las cinco figuras sin paisaje, dependiendo de sus estados de iluminación. Un percusionista, al fondo, nos marca los tiempos de las secuencias y nos recuerda que estamos en el teatro, que no hay ningún tipo de ilusión de realidad. Mientras pasan las escenas, lentas, contenidas, muy bien actuadas, nos sentimos como si presenciásemos una profunda batalla más allá de la muerte.

La muerte. Sí. Se trata de una hermética reflexión sobre la muerte. Como en *El desbarrancadero*, de Fernando Vallejo, el personaje de Lagarce regresa a casa para enfrentarse a lo ineluctable. Su familia lo recibe entre voces, reclamos y felices sufrimientos.

Los espectadores nos convertimos en mudos testigos de un melodrama de gran guiñol, donde no podemos ser partícipes, porque los cinco anti-héroes de la saga están inmersos en una pesadilla fúnebre donde no cabe ni una nueva aguja. Entonces hablan. Hablan y hablan. Se equivocan, conjugan mal, tratan de ser explícitos y se enredan en ellos mismos. La puesta en escena deja fluir el discurso logorreico de los habitantes de esa extraña familia del más allá, tan francesa, tan hija de un espíritu que nos recuerda a otras experiencias similares, como las de las grandes películas de Jean Eustache, de Jacques Rivette, de Eric Rohmer. En el caso de Lagarce, la diferencia es que no estamos en un plano discurso sobre lo cotidiano, sino en una dolorosa metáfora de «la insoportable levedad del ser», en una «velada metafísica».

Creo que el montaje es impecable, con un efectivo trabajo de iluminación, del destacado Humberto Hernández quien, con el paso del tiempo, se está convirtiendo en uno de los mejores diseñadores de luces de nuestros escenarios.

Los actores encantan y están en su sitio, aunque no son demoledores. Creo que el protagonista, a pesar del entusiasmo con que Orjuela «lo deja ser» en escena, es demasiado hierático y un tanto inseguro, no tanto como personaje, sino como actor. Laura García, la legendaria actriz del Teatro Libre de Bogotá y una de nuestras *bêtes de scène* más representativas, nos brinda la confianza de podernos sumergir en un arriesgado viaje, del cual vamos a salir muy bien librados. Ella Fuksbrauner, colaboradora de los secretos entretelones del Festival Iberoamericano, se para sin mayores problemas en este laberinto del fin del mundo. Pero quizás las mejores sorpresas son las de Mauricio Navas y Laura Londoño. Él, actor de viejas lides, le imprime los tempos climáticos al montaje y logra llevarnos a los espinosos climas de la emoción interior. Y ella, la más joven, se instala en una complejísima aventura de decir lo que no se debe decir, de enredarse en ella misma, con un riesgo poco común en una actriz temprana, logrando una extraña y convincente contundencia. Ojalá «Simplemente el fin del mundo» sea el principio para una carrera que desborde talento fresco sobre las tablas.

Creo que lo más grato del montaje de Manolo Orjuela está en los riesgos que corre. No sólo por «jugársela» y poner en escena a un autor que, en apariencia, tiene pocos asideros en nuestro medio, sino porque su propuesta no es fácil ni complaciente. Pero es efectiva.



■ *Simplemente el fin del mundo*, de Jean-Luc Lagarce. Direcció: Manolo Orjuela.
Teatro Libre Centro, 17 de marzo de 2008, Bogotá.
(Arxiu AIET.)

Al final, cuando los neones y los bombillitas se apagan, cuando la percusión se calla y el público musita su último carraspeo, sentimos que valió la pena la aventura.

Sé que para los actores es muy difícil sostener los ritmos de un discurso tan histérico y en apariencia tan desprovisto de sentido. Pero estoy seguro de que, durante la temporada del Festival Iberoamericano, la obra va a estar en su punto.

Odio hacer recomendaciones (siempre me va mal, porque el que quiere recomendaciones termina viendo la obra que no quiso ver) pero si se me pide que destaque algunos de los trabajos colombianos de la maratón de marzo, no dudaría en citar a *Simplemente el fin del mundo*, junto a *La vorágine* del Teatro Tierra, *El encargado* del Teatro Libre y la expectativa que genera el nuevo montaje de Mapa Teatro.